

## ACERCA DE LA VIDA HUMANA, SUS ESQUIVOS PERFILES Y SU EQUÍVOCA DENSIDAD. UNA APROXIMACIÓN CON LUCIANO DE SAMÓSATA

*Domingo Fernández Agis*  
*Catedrático de Universidad.*  
*Facultad de Humanidades. Universidad de La Laguna*

### RESUMEN

En este trabajo, basándonos en las enseñanzas de Luciano de Samósata, propongo que nos adentremos en profundas reflexiones sobre la vida humana, los problemas que la envuelven, la necesidad de encontrarle un sentido y de vivirla en toda su densidad. A través de todo ello se pretende poner en valor la importancia y vigencia actual de las ideas de este pensador.

### 1. LA MEMORIA Y LA VIDA, LA MEMORIA DE LA VIDA

Con sutileza y acierto ha explicado Frances Yates que “el arte de la memoria es como una escritura interior. Quienes conocen las letras del alfabeto pueden escribir lo que se les dicta y leer lo que han escrito. De la misma forma, quienes han estudiado la memorización pueden poner en los lugares correspondientes lo que han escuchado y volver a decirlo de memoria” (YATES, 1975, p. 18). Si no pensamos en el complejo trasfondo del concepto de *escritura interior*, podríamos caer en el error de considerar como obviedades las afirmaciones de Frances Yates que acabamos de leer.

Abundando en ello, en su excelente obra titulada *L'art de la mémoire*, se refiere este pensador a los recursos memorísticos que el ser humano viene empleando desde hace siglos, recurriendo para ello a referencias como las descripciones de sus respectivos entornos realizadas por escritores antiguos, como por ejemplo Cicerón, que llegaron a exponer sin pretenderlo los recursos mnemotécnicos que empleaban, cuya puesta en práctica les permitió desarrollar un verdadero “arte de la memoria” (YATES, 1975, p. 16). En cualquier caso, el desarrollo y aplicación de recursos para facilitar la memorización, ha tenido desde siempre una importancia vital para los seres humanos. La elección de elementos singulares que permiten recordar cierta información, así como la elaboración de símbolos adecuados para desempeñar tal función, ha sido y sigue siendo crucial. La necesidad y el deseo de recordar tienen para nosotros una incuestionable relevancia al impulsar y sostener el imperativo vital de la memorización. En base a ello se han creado numerosos recursos para el desarrollo de lo que podemos denominar “memoria artificial”, cuyo origen nos remite a lugares diversos, imágenes singulares y operativos símbolos (YATES, 1975, p. 18).

De forma análoga a como Giulio Camillo construyó su *Teatro de la memoria*, basándose en el universo espiritual de Pico Della Mirandola, vamos a intentar nosotros construir el nuestro apelando para ello a la ayuda de Luciano de Samósata, ciudadano romano y extraordinario escritor en lengua griega, que vivió entre los años 120 y 181 d. C.

### 2. LA DURACIÓN DE LA VIDA, LA PERDURACIÓN DEL EXISTIR

Luciano de Samósata, en su obra *Los longevos* (DE SAMÓSATA, 1981a), relaciona

acertadamente la duración de la vida con la dieta y la actividad física de las personas. Por ello pone de relieve la correlación que suele darse entre la dedicación profesional y el modo de vida, ya que las obligaciones que ésta impone constituyen la base más eficiente para la constancia de los hábitos saludables, aunque también pueden serlo para otros hábitos comportamentales que poco o nada saludables son. En todo caso, como en tantos otros aspectos, de igual manera en éste resulta sorprendente la pertinencia y actualidad de sus aportaciones.

Evocando las historias referidas a individuos que han logrado tener una larga vida, así como las referencias a grupos de personas en las que es frecuente la longevidad, afirma que «también hay referencias de castas enteras longevas a causa de la dieta, como, entre los egipcios, los llamados escribas; entre los asirios y árabes, los exegetas de los relatos; y, entre los indios, los llamados brahmanes, hombres escrupulosamente consagrados a la filosofía. También los llamados magos, una casta profética entre los persas, partos, bactrianos, corasmianos, arios, sacas, medos, y muchos otros pueblos bárbaros, son fuertes y de vida dilatada, al observar ellos una dieta muy rigurosa por practicar la magia» (DE SAMÓSATA, 1981a, p. 167-8).

Así pues, una práctica que exige una adecuada predisposición y preparación mental ha de llevar asociados imperativos vitales que afectan a la salud de las personas que a ella se entregan.

Otros factores, como el lugar donde se vive también pueden influir de uno u otro modo sobre la longevidad de quienes allí habitan. Por ello Luciano señala, en referencia a los grupos humanos que consiguen tener una larga vida, que el logro de tal objetivo obedece a factores como el lugar donde viven, el clima que lo caracteriza y la dieta que siguen, aunque afirma que en todos los lugares y bajo todas las variedades climáticas, ha habido personas que han alcanzado una prolongada existencia, pues han logrado compensar con su buen hacer las carencias del medio en que vivían. Él destaca que, sobre todo, quienes han conseguido vivir más largo tiempo son “aquellos que han empleado los ejercicios gimnásticos convenientes y la dieta más adecuada para la salud” (DE SAMÓSATA, 1981a, p. 168). Como podemos ver, también en un asunto tan delicado de abordar como éste, la sensatez y vigencia de los planteamientos de Luciano son incuestionables.

Sin embargo, aun insistiendo de forma tan sutil en la afirmación de la vida, no deja de subrayar que la muerte puede presentarse de la manera más inesperada e incluso absurda. En todo caso, sobre ello puede incidir tanto el azar más pernicioso como los efectos de la maldad más sorprendente. En ese sentido, relata Luciano como elocuente ejemplo que “Sófocles, el trágico, murió de asfixia al tragarse un grano de uva a la edad de noventa y cinco años” (DE SAMÓSATA, 1981a, p. 174). Pero señala además las singularidades de otros factores que golpean nuestro existir, tales como sufrir la ingratitud o la injusticia. Esas circunstancias pueden acortar marcadamente la vida. Así, el propio Sófocles, sufrió mucho al ser “llevado a juicio por su hijo Yofonte bajo la imputación de demencia” (DE SAMÓSATA, 1981a, p. 174). Aunque consiguió salir airosa de esa terrible circunstancia, al leer “a los jueces su *Edipo en Colono*, demostrando mediante la calidad de dicha pieza su salud mental, de modo que los jueces quedaron profundamente admirados y declararon al hijo convicto de locura” (DE SAMÓSATA, 1981a, p. 174). En efecto, no podían darle un trato más relativamente benévolos al acusador, sin considerar que era él y no su padre quien había perdido la razón.

### 3. QUÉ ES LA SOFISTICADA CRUELDAD Y CÓMO RESPONDER A ELLA

En su obra *Fálaris* (DE SAMÓSATA, 1981b), Luciano nos ofrece una descripción idónea del siempre horrendo refinamiento de la残酷和 de la más pertinente respuesta que puede darse a quienes de la forma más sofisticada la practican. En ella nos ofrece la supuesta reproducción de las palabras de Fálaris, Tirano de Acragante, dirigidas a los sacerdotes del templo de Delfos. En su relato nos dice que tales palabras sirvieron de presentación y acompañamiento a la ofrenda que hizo al dios Apolo de la excelente representación escultórica de un toro, de tamaño natural.

Veamos lo que, a los efectos del presente ensayo, podemos considerar como la parte esencial de las mismas. Para adentrarnos en su sentido hemos de recordar que Fálaris dice haber llegado a poseer esa sorprendente escultura gracias a la labor de Perilao, que era un grandioso escultor, aunque también una persona perversa, pues su obra evidenciaba que ocupó su mente durante largo tiempo en la terrible tarea de pensar cómo incrementar al máximo el sufrimiento de otros seres humanos. En efecto, la escultura metálica representando un toro que él creó, era en realidad un sofisticado instrumento de tortura, pues preparó tal figura de manera que el cuerpo del animal pudiera abrirse, haciendo posible así la introducción en su interior a alguien a quien se pretendía dar muerte tras hacerle sufrir una horrenda tortura. En efecto, bajo la escultura se encendía un fuego que abrasaría al condenado. Por si esto no fuese ya suficientemente cruel, Perilao preparó su terrible instrumento de tal manera que pudieran colocarse flautas en la boca del animal esculpido, para que los horribles gritos de la persona que estuviera padeciendo esa cruel tortura se convirtieran en una música que serviría de divertimento a los espectadores de la ejecución. Todo ello viene a demostrar que el objetivo perseguido por el escultor era que el público que asistiera a la materialización del castigo no lo contemplara como un acto de burda crueldad, pese a ser cruel en la mayor medida imaginable. Los asistentes, fueran o no conscientes de lo que estaba sucediendo en realidad, verían una bella escultura y un fuego iluminador bajo ella, mientras escuchaban un agradable sonido musical. El terrible sufrimiento de la persona condenada a padecer tal suplicio se convertiría así en objeto de público divertimento.

Fálaris se sintió tan horrorizado ante la sofisticada crueldad del escultor, que decidió convertirlo en la primera víctima de su horrenda invención. Así pues, lo hizo entrar en el interior de la escultura y ordenó que encendieran el fuego bajo ella. Según dice él a los monjes del santuario apolíneo al que hace su ofrenda, Perilao “sufrió en justicia, obteniendo el fruto de su destreza inventiva; y yo, cuando aún el hombre se hallaba con vida y respiraba, ordené que le sacaran, a fin de que no mancillara la obra muriendo dentro, y dispuse que le arrojaran desde un precipicio, quedando insepulto; purifiqué el toro y os lo he enviado para ofrecerlo al dios” Apolo (DE SAMÓSATA, 1981b, p. 79).

El castigo que Fálaris impuso a Perilao sería según él proporcional y adecuado a su culpa. El último aspecto de la acción justiciera de Fálaris, consistente en dejar insepulto el cuerpo del cruel escultor Perilao, poseía una gran importancia para los griegos de la antigüedad y teniendo eso en cuenta, advertimos que supone una aguda prolongación del castigo, tras verificar el extremo sufrimiento del culpable del delito de inmensa crueldad. Como decía, en este caso, el aspecto más grave de tal delito sería haber construido una máquina de tortura que haría del sufrimiento de los condenados un motivo de diversión para los demás, ya que sus gritos de dolor se convertirían en una agradable música que aportaría diversión a los espectadores asistentes al acto. De esta forma, quienes estuvieran presentes en la ejecución del condenado, en lugar de quedar conmovidos por sus gritos de dolor, se regodearían en el disfrute de la referida melodía.

Unas palabras de Goethe, recogidas en su famosa obra, *Los sufrimientos del joven Werther*, resultarán sin duda esclarecedoras e impactantes, como punto final de este apartado:

«¡Cómo me persigue esa figura! Despierto y en sueños, llena mi alma entera. Aquí, si cierro los ojos, aquí en mi frente, donde se reúne el poder interior de la mirada, están sus ojos negros. ¡Aquí! No puede expresártelo de otro modo. Si cierro mis ojos, están ahí: como un mar, como un abismo descansan ante mí, llenando mis sentidos en mi frente. ¡Qué es el hombre, este semidiós tan alabado! ¿No le fallan precisamente las fuerzas cuando le hacen más falta? Y cuando salta de gozo o se hunde de dolor, ¿no se ve detenido en ambas cosas y devuelto a su conciencia muda y fría, precisamente cuando anhelaba perderse en la abundancia de lo infinito?» (GOETHE, 1999, p. 93).

#### **4. RELAJACIÓN FÍSICA E INTELECTUAL**

Otro aspecto que acertadamente destaca, en relación a lo que hoy denominaríamos calidad de vida, es la importancia de buscar formas adecuadas para disipar en la medida de lo posible las tensiones

que cotidianamente la vida provoca. Así, en su presentación de la obra, *Relatos verídicos* (DE SAMÓSATA, 1981c), Luciano afirma lo siguiente, para justificar de ese modo el carácter lúdico e imaginativo de su escrito.

«Al igual que los atletas y quienes tratan de mantenerse en forma no sólo cuidan de su estado físico y entrenamiento, sino también de su oportuna relajación —por entender que es la parte principal de su preparación—, asimismo interesa a los intelectuales, a mi parecer, tras una prolongada lectura de los autores más serios, relajar su mente y hacerla más vigorosa para su esfuerzo futuro» (DE SAMÓSATA, 1981c, p. 179).

Justificando su adentramiento en la creación literaria como algo que él realiza en busca de esa relajación, para disfrute personal y también para contribuir a la distensión interior de sus lectores, Luciano afirma:

«Por ello mi personal vanidad me impulsó a dejar algo a la posteridad, a fin de no ser el único privado de licencia para narrar historias; y, como nada verídico podía referir, por no haber vivido hecho alguno digno de mencionarse, me orienté a la ficción, pero mucho más honradamente que mis predecesores, pues al menos diré una verdad al confesar que miento. Y, así, creo librarme de la acusación del público al reconocer yo mismo que no digo ni una verdad. Escribo, por tanto, sobre cosas que jamás vi, traté o aprendí de otros, que no existen en absoluto ni por principio pueden existir» (DE SAMÓSATA, 1981c, p. 180-1).

De esta forma comienza Luciano la escritura del conjunto de las sorprendentes e imaginativas narraciones que constituyen el cuerpo de su obra *Relatos verídicos*. A continuación, veremos algunas muestras de ellas, tratando de analizar al mismo tiempo el trasfondo de las mismas.

## 5. LA IDENTIDAD SEXUAL

Relata Luciano, en la obra que acabo de mencionar, algunos detalles sobre el modo de ser y vivir de los supuestos habitantes de la luna. Tales detalles, a pesar del trasfondo irónico y la motivación esencialmente evasiva del relato, resultan tan chocantes como iluminadores para reflexionar a propósito de la identidad sexual. En ese sentido afirma que los habitantes de nuestro satélite “no nacen de mujeres, sino de hombres: se casan con hombres, y ni siquiera conocen la palabra *mujer*”. Su imaginativa narración no sólo es sorprendente por sus propios detalles sino también por el trasfondo que podemos advertir en los mismos. Añade, por ejemplo, que “no quedan embarazados en el vientre, sino en la pantorrilla. A partir de la concepción, comienza a engordar la pierna; transcurrido el tiempo, dan un corte y extraen el feto muerto, pero lo exponen al viento con la boca abierta y le hacen vivir” (DE SAMÓSATA, 1981c, p. 191). A través de estas palabras está realizando una afirmación de la heterogeneidad y la diferencia como elementos apuntaladores de la diversidad de las formas de vida que pueden llegar a existir.

Elocuente resulta, por lo demás, que sea el viento el que llene de aire los pulmones del recién nacido y lo devuelva a la vida. Precisamente la misma corriente de aire que más de una vez empujará después su cuerpo y hasta pondrá en peligro su vida, en ese momento impulsa su posibilidad de existir. La ambivalencia de las fuerzas naturales, en relación a la vida humana, queda así ejemplificada de manera singular.

A continuación señala que va a relatar “algo aún más sorprendente”. Escribe entonces que asimismo vive en la Luna otro tipo de humanos, también exclusivamente de sexo masculino, a los que se les denomina *arbóreos*. Su gestación y nacimiento no podrían ser más chocantes, puesto que para ello, según se cuenta en el relato de Luciano, “cortan el testículo derecho de un hombre y lo plantan en la tierra; de él brota un corpulento árbol de carne, semejante a un fallo: tiene ramas y hojas y su fruto son las bellotas, del tamaño de un codo; cuando están ya maduras, las recolectan y extraen de su interior a

los hombres” (DE SAMÓSATA, 1981c, p. 191).

Además de los sorprendentes detalles con los que la imaginación de Luciano ha coloreado su singular relato, acaba su descripción señalando que las partes pudendas de los habitantes de la Luna son artificiales. Añade a ello que “algunos las tienen de marfil, pero los pobres las poseen de madera, y con ellas se unen y fecundan a su pareja” (DE SAMÓSATA, 1981c, p. 191). El trasfondo fálico de tal discurso es evidente, pero al mismo tiempo es de destacar su crítica implícita a la falocracia, pues acaba acentuando a través de sus imaginativas palabras la artificialidad del fundamento de ésta, pese a lo natural que parezca a quienes interpretan el pene como el eje central de la masculinidad y, por común añadidura, de la sexualidad.

## 6. LA MÁS PROFUNDA CRÍTICA

Podría calificarse como la crítica más profunda imaginable la que deriva de la lógica discursiva que constituye la base e inspiración de la obra de Luciano de Samósata, *El banquete o Los lapitas* (DE SAMÓSATA, 1981d). En el contenido de esta obra encontramos una crítica a la actitud puramente demoledora y finalmente autodestructiva de ciertos filósofos. Pero también encontramos en ella diversos ataques a las formas de vivir centradas en la superficialidad y ostentación.

Tras la celebración de un banquete en el que todos esos aspectos quedaron en evidencia y donde la agresividad y maleficencia de algunos de los asistentes se desbordó, uno de los personajes, llamado Filón, que no había estado presente en el evento, pide a otro, Licino, que sí asistió al banquete, que le relate lo que allí sucedió, pues los rumores que habían llegado a sus oídos le resultaban muy inquietantes y quería saber lo que en ellos había de verdad. Licino, que por pudor se opone en principio a hablar de ello, acaba relatando algunos tremendos aconteceres provocados por la acentuación que el alcohol provocó de las malas inclinaciones que formaban parte de la personalidad de algunos invitados (DE SAMÓSATA, 1981d, p. 254).

Uno de los personajes que generó la peligrosa y caótica situación a la que abocó el banquete, fue un filósofo de la escuela cínica llamado Alcidamante. Relatando su inaceptable comportamiento, sobre todo si tenemos en cuenta que se trataba de una fiesta para celebrar un compromiso nupcial, dice Luciano que el “cínico Alcidamante, que estaba ya bebido, preguntó el nombre de la novia, mandó guardar silencio, y con voz potente, dirigiéndose a las mujeres, dijo: «Brindo por ti, Cleántide, a Heracles, mi soberano». Ante las risas que su brindis provocó en muchos comensales, respondió con inusitada agresividad, diciendo en principio que si la novia no aceptaba brindar con él nunca tendría un hijo que fuera como él, “incomponible en valor, libre en pensamiento, y en su cuerpo así de fuerte”. Dicho eso, se desnudó para mostrar su cuerpo y amenazó con su bastón a los asistentes al banquete. Su calma llegó cuando le ofrecieron un enorme pastel que consumió con rapidez (DE SAMÓSATA, 1981d, p. 260).

En cualquier caso, la influencia del alcohol acabó creando situaciones dramáticas en ese peculiar banquete de celebración. En su relato recoge, por ejemplo, Luciano que debido al excesivo consumo de bebidas alcohólicas los papeles se invirtieron y, mientras los asistentes más ignorantes actuaban en todos los sentidos con moderación, los sabios se comportaban con insolencia, se insultaban entre ellos y perdían en todos los aspectos las buenas formas. Nos dice, en ese sentido, que “Alcidamante hasta se orinó en medio del comedor, sin respetar a las mujeres” (DE SAMÓSATA, 1981d, p. 267). La bajeza de su comportamiento ofendió a todas las personas que asistieron a la fiesta pero, además de ello, su impudor fue una verdadera y brutal agresión al que, en esa época y durante muchos siglos más, se impuso como el sentido femenino de la moralidad.

En una línea análoga, en *La travesía o El tirano* (DE SAMÓSATA, 1981e,), narra Luciano una historia cargada de profundo simbolismo, pues se refiere al enjuiciamiento al que los humanos han de enfrentarse tras su muerte. Las diferentes versiones culturales de este mito vienen a insistir en el sometimiento de nuestra existencia a su evaluación por parte de un poder supremo, aunque también

podrían interpretarse como una incitación permanente a que las personas realicen durante sus vidas un enjuiciamiento continuo del fundamento, valor y sentido de sus actos.

En el relato de Luciano, una vez realizada la travesía de la laguna Estigia en la barca de Caronte, un grupo de difuntos, entre los que se encuentra el filósofo cínico Cinisco, son sometidos a juicio por Radamantis. En concreto, el juicio contra Cinisco se desarrolla pidiendo en primer lugar Hermes que si alguno de los presentes tiene algo que decir en contra de Cinisco, se acerque al tribunal y haga públicas sus acusaciones.

Al no presentarse nadie como acusador, Radamantis pide a Cinisco que se desnude para poder observar los estigmas que tal vez habiten en su interior. Ante la sorpresa de éste, el juez le dice que las malas acciones dejan siempre estigmas en el alma y que, aunque éstos sean invisibles para los demás, él sí puede verlos. Muy significativo es lo que sucede a continuación.

«RADAMANTIS: Este hombre está prácticamente limpio, excepto estos tres o cuatro estigmas, muy débiles e inciertos. Pero ¿qué es esto? Hay muchas huellas y señales de las quemaduras, que de algún modo se han borrado, o —mejor— extirpado. ¿Cómo es esto, Cinisco? ¿Cómo has conseguido purificarte de raíz?

CINISCO: Te lo explicaré: tiempo ha fui malo por ignorancia, y a causa de ello me gané muchos estigmas; pero, tan pronto como me inicié en la filosofía, conseguí lavar poco a poco todas las manchas de mi alma.

RADAMANTIS: Sin duda, nuestro hombre ha empleado un remedio bueno y totalmente eficaz. Bien, marcha a la Isla de los Dichosos, a reunirte con los mejores, tras acusar primero al tirano del que hablas» (DE SAMÓSATA, 1981e, p. 309).

Así pues, tras el aseo espiritual logrado a través de su consecuente inmersión en el estudio y la praxis filosófica, Cinisco obtiene la mayor recompensa que, según los cánones de esta tradición cultural, un ser humano puede alcanzar tras su muerte. El adentramiento consecuente en el filosofar es, por tanto, el mejor recurso para obtener las más altas recompensas tanto en la vida como después de la muerte.

En cuanto al juicio del tirano, después del testimonio de Cinisco y otros singulares testigos de sus actos indecentes, como la lámpara que iluminaba su habitáculo y la cama en la que no sólo dormía y tampoco permanecía en soledad, Radamantis concluye el juicio aplicando al enjuiciado una singular pena que le sugiere también el sabio Cinisco.

Tras escuchar las acusaciones, Radamantis hace que lo desnuden y esta vez sí encuentra que el tirano está plagado de estigmas. Así pues, pesa sobre él la responsabilidad de tantos males que ni el propio juez sabe qué castigo debe aplicarle. Cinisco le dice que él puede sugerirle el castigo más justo imaginable. Tal castigo consistiría, ante todo, en impedir al tirano beber “el agua de Lete”, para que así no consiga olvidar lo que hizo durante su vida. En efecto, en la mitología griega se considera que los fallecidos beben el agua de Lete y olvidan así todo lo que les ha sucedido durante su vida terrenal. Por ello, la propuesta de Cinisco tiene un significado que trasciende el sentido religioso del entramado de narraciones míticas en el que se encuadra.

“CINISCO: Así sufrirá un duro castigo al recordar quién era y el gran poder que tenía allí arriba, y rememorando su vida de molicie.

RADAMANTIS: Dices bien. Sea ésta su pena: llévese a ese individuo junto a Tántalo y quede encadenado, recordando cuanto hizo en su vida” (DE SAMÓSATA, 1981e, p. 312).

Tras la lectura del relato de Luciano, queda claro que a veces conservar intacta la memoria puede

ser el más terrible de los castigos. Si la persona no puede separar de sí y desterrar de su mente el recuerdo del mal que ha ocasionado, éste se convierte en una fuerza incontrolable que golpea sin cesar su doliente memoria.

## 7. LA FE NAVEGANDO ENTRE LA PERPLEJIDAD

La fe suele generar una certidumbre que puede ayudarnos a afrontar ciertos desafíos vitales pero que no está exenta de peligros, tanto para quien la posee como para quienes se hallan mental y vitalmente lejos de ella. Sin embargo, en su obra *Zeus confundido* (DE SAMÓSATA, 1981f), nos proporciona Luciano una interpretación muy diferente. Si creemos en la predeterminación jamás nos adentraremos en la osadía de pretender utilizar nuestra energía y determinación para inventar el despliegue original de nuestro destino.

En este relato, Cinisco, dando muestras de su pertenencia a la escuela cínica, le dice que no va a pedirle que le otorgue riqueza y poder, como la mayoría suele hacer. Aunque también añade, con ironía, que de todas formas el padre de los dioses no suele hacer ningún caso a ese tipo de peticiones (DE SAMÓSATA, 1981f, p. 317). Él le pide a Zeus que le diga si es verdad lo que los poetas clásicos, Homero y Hesíodo, afirman en sus textos a propósito del destino y del control que sobre el transcurso singular de una vida ejercen las Moiras. Le pregunta: “¿Es inevitable todo cuanto éstas hilan para cada persona al nacer?” (DE SAMÓSATA, 1981f, p. 317).

Zeus le responde que, en efecto, es así. Según le dice, “al estar todo cuanto ocurre dirigido por su huso, cada evento desde su origen remoto tiene hilada su resolución, y no es lícito que ocurra de otro modo” (DE SAMÓSATA, 1981f, p. 317). Así pues, ellas tejen el destino de todos los vivientes, como las tejedoras elaboran los hilos para sus tejidos, creando entramados de fibras con el instrumento textil que se conoce con el nombre de *huso*.

Cinisco utiliza esas palabras para hacer una tremenda consideración a propósito de la inutilidad de los cultos y sacrificios que los humanos hacen a los dioses, ya que, si todo está dominado por el destino, ni siquiera los dioses pueden cambiar lo que han hilado las Moiras. Por eso concluye que no ve, “en realidad, qué beneficio podemos obtener de esa práctica, si nosotros no podemos lograr librarnos de los males mediante las plegarias ni alcanzar bien alguno de los dioses” (DE SAMÓSATA, 1981f, p. 320).

Ante estas consideraciones, Zeus reacciona atacando a los sofistas, a los que considera responsables de la proliferación de tendencias sociales que incitan al abandono de las creencias religiosas (DE SAMÓSATA, 1981f, p. 320). A ello responde Cinisco, reprochando a Zeus su actitud, pues él mismo ha reconocido que nada puede hacer contra la soberanía que sobre la trayectoria vital de los seres humanos y también de los dioses, ejercen las Moiras. Así pues, insiste de forma particular en que, a pesar de ser inmortales, los dioses son también esclavos del destino (DE SAMÓSATA, 1981f, p. 320-1).

A ello podríamos añadir, siguiendo a Fernando Savater que, «en un mundo en el que todos saben de qué hablan, o al menos tal se supone, y actúan con envidiable eficacia técnica o política, sólo el filósofo parece vocacionalmente destinado a la ignorancia; es el único que no sabe lo que dice, el obligado objeto de irrigación» (SAVATER, 1973, p. 43).

Recurre entonces Zeus a la mención de los premios y castigos que los humanos, según se hayan comportado en la vida, recibirán tras la muerte (DE SAMÓSATA, 1981f, p. 323). Ante lo cual responde Cinisco apelando al valor superior que para él tiene lograr la felicidad en esta vida, aunque tras su muerte tuviese que sufrir terribles castigos. En consecuencia, afirma: “ya conoceré la verdad cuando muera, pero en el presente querría vivir feliz el tiempo que me quede, aunque dieciséis buitres me royeran el hígado tras mi muerte, pero no pasar sed como Tántalo aquí y luego beber en las Islas de los Dichosos con los héroes, reclinado en el Prado Elisio” (DE SAMÓSATA, 1981f, p. 323).

Luciano pretende, a través de estas sugerentes afirmaciones, subrayar la absoluta relevancia de la existencia de las personas en el tiempo y lugar en que sus vidas despliegan su concreción en la realidad y su potencialidad.

Como podemos apreciar, sus críticas a todas las formas de dogmatismo ya sean éstas religiosas o filosóficas, es muy sutil. En todo ello ahonda Luciano en su obra *Zeus trágico* (DE SAMÓSATA, 1981g). En ella, Zeus da muestras de su terrible preocupación ante el éxito que están teniendo las ideas del filósofo epicúreo Damis, quien se empeña en demostrar la carencia de fundamento de las creencias religiosas tradicionales. Zeus dice haber contemplado un debate que éste ha mantenido con el filósofo estoico, Timocles, en el que éste último se ha esforzado por defender dichas creencias. Al ver Zeus que el público asistente se inclinaba mayoritariamente en favor de la posición defendida por el filósofo epicúreo, se las ingenió para lograr que el debate se suspendiera momentáneamente, intentando así ganar tiempo con objeto de poder él acordar con los otros dioses cómo encontrar el modo de apoyar a Timocles para que éste resultara vencedor en su intelectual disputa, ya que ha comprendido los riesgos que las deidades corren si las ideas de Damis se siguen extendiendo. A su juicio, las dos alternativas que se presentan son las siguientes: “o seremos necesariamente despreciados, considerados nombres tan sólo, o seguiremos siendo honrados como antes, si Timocles triunfa en su alegato” (DE SAMÓSATA, 1981g, p. 331).

De este ingenioso modo pone de relieve Luciano el poder que puede llegar a tener la filosofía, que no sólo puede conseguir cambiar el modo de pensar y el orden social, sino también la interpretación que se hace de todo aquello que supuestamente está por encima del pensamiento humano y la realidad social (DE SAMÓSATA, 1981g, p. 339). También viene a decir que es el deseo de trascendente protección y el miedo al castigo eterno lo que alimenta y sostiene la creencia en los dioses. Abundando en ello, añade estas sutiles apreciaciones, a través del hipotético diálogo que describe entre Zeus y otras deidades.

«Éstos son los motivos de haberos convocado, no insignificantes, oh dioses, si consideráis que toda nuestra honra, gloria y ganancia son los hombres: si éstos se persuaden de que los dioses sencillamente no existimos, o, existiendo, no somos providentes respecto a ellos, quedaremos sin sacrificios, prebendas y honores en la tierra, y en vano nos sentaremos en el cielo, muertos de hambre, privados de aquellas fiestas, asambleas, juegos, sacrificios, festivales nocturnos y procesiones» (DE SAMÓSATA, 1981g, p. 339).

A pesar de ello, el dios Momo sostiene que no es justo atacar a Epicuro y sus seguidores, ya que las injusticias que padecen muchos seres humanos, sin encontrar pese a ello amparo y protección de los dioses, justifican la pérdida de la fe que experimentan.

«¿O qué era justo esperar que ellos pensasen, al ver tanta confusión en la vida, y a los justos olvidados, oprimidos por la pobreza, enfermedades y esclavitud, mientras los perversos e infames gozan de honra y riqueza y mandan sobre los mejores; y hasta los ladrones sacrílegos se libran del castigo y pasan inadvertidos, mientras la cruz y los azotes aguardan algunas veces a quienes no han hecho mal alguno?» (DE SAMÓSATA, 1981g, p. 340).

Como relata el propio Zeus, en la discusión que el filósofo estoico Timocles mantenía con el epicúreo Damis, el primero está intentando defender la existencia y prodigalidad de los dioses, mientras que el segundo argumenta en contra de todo ello. Es altamente significativo que Timocles apele a la regularidad y persistencia del orden natural, para defender la existencia de los dioses. En efecto, ese es quizás el argumento en favor de la divinidad al que con mayor frecuencia se ha apelado a lo largo de la historia.

Para hacer frente a quienes niegan el poder divino, Timocles recurre a la descripción del orden que impera en la naturaleza. Dice así que «el sol realiza siempre su mismo camino al igual que la luna,

las estaciones en su ciclo, las plantas creciendo, los animales reproduciéndose; todo ello ajustado con tanta precisión, que se crían, se mueven, piensan, caminan, construyen viviendas, calzado y todo lo demás. Todo esto, a mi parecer, es obra de la providencia» (DE SAMÓSATA, 1981g, p. 352).

No menos sorprendente es la respuesta de Damis a la argumentación ofrecida por Timocles. Hemos de pensar en el vigor y actualidad de la línea contraargumental planteada por Damis, cuyo encaje en la ciencia moderna es tan impactante como real. Le dice que está considerando probado “lo que estamos investigando” y que

“Aún no está claro que cada uno de estos hechos se deba a la providencia. Que, efectivamente, así acontecen los fenómenos naturales, yo también lo diría, pero no es obligado creer acto seguido que ocurren en virtud de cierta providencia, pues también es posible que hayan comenzado al azar y se hayan conformado de este modo; y tú llamas orden en ellos a lo que es necesidad. Luego evidentemente te enfadarás con quien no te dé la razón cuando enumeras y ensalzas los fenómenos que ocurren, en la creencia de que ellos son la demostración de que cada uno en particular es regido por la providencia” (DE SAMÓSATA, 1981g, p. 352).

En efecto, frecuente ha sido a lo largo de la historia considerar que el orden observado en los procesos naturales denota la presencia inmanente de un poder creativo y regulador, cuya propiedad se ha atribuido a alguna de las formas en las que los seres humanos han concebido mentalmente a la divinidad.

## 8. EL PODER DE LA DEBILIDAD

Extraordinarias son las incitaciones a la reflexión sobre la naturaleza humana, la afirmación del sentido de la vida y los fracasados intentos de lograr su definitiva afirmación, que derivan de la lectura de la obra de Luciano, *Prometeo* (DE SAMÓSATA, 1981h). La terrible historia de este mítico benefactor de la humanidad nos muestra lo difícil que es lograr la afirmación en la existencia y los injustos castigos con los que muchas veces son penalizados los más nobles intentos humanos de lograrlo. Si, por ayudar a los seres humanos, Prometeo ofendió a los dioses, por intentar lo mismo desde los humanos y entre los humanos, solemos recibir los más extraños castigos lanzados sobre nuestras vidas desde distintos espacios de poder.

Hermes y Hefesto, los ejecutores de tan criminal sentencia se empeñaron en que el terrible castigo de nuestro gran benefactor estuviese bien a la vista de los seres humanos (DE SAMÓSATA, 1981h, p. 394-5). De esa forma, éstos no volverían a atreverse a desafiar el poder de los dioses. No obstante, el condenado no puede entender ni aceptar la sentencia que se le ha impuesto, pues sabe cuán injusto es el castigo que se le va a aplicar, al ser consciente de no “haber cometido mal alguno” (DE SAMÓSATA, 1981h, p. 395). Sin embargo, la respuesta de los ejecutores de la sentencia nos hace claramente ver cómo quien detenta un poder absoluto encuentra siempre el modo de justificar sus más horrendas decisiones y quienes lo siguen aceptan su justificación sin jamás cuestionarla. Para que esto quede aún más claro, recordemos lo que Hermes le dice:

«¿Ningún mal has cometido, Prometeo? En primer lugar, encargado del reparto de las carnes, actuaste con tanta injusticia y engaño, que seleccionaste para ti los mejores trozos y engañaste a Zeus con los huesos, «tras recubrirlos de esplendente grasa»; me acuerdo, por Zeus, del relato de Hesíodo en este sentido. Luego modelaste a los hombres, seres de inmensa astucia y maldad —sobre todo las mujeres—. Y para colmo robaste el fuego, el bien más preciado de los dioses, y lo entregaste a los hombres» (DE SAMÓSATA, 1981h, p. 396).

Tras leer estas palabras debería quedarnos claro de qué parte está la mezquindad y de qué lado se sitúa la bondad. Que llegásemos a comprenderlo era la pretensión de Luciano al delinejar con admirable precisión y certeza su encomiable relato. En efecto, si los dioses reaccionan de esa forma ante

la benevolencia de Prometeo, no merecen que los humanos mantengan su fe y devoción hacia ellos. Con indudable sutileza Emmanuel Lévinas afirmó que

«un Dios desconocido que no es protagonista, que no se encarna, y que se expone por tanto a las negaciones del ateísmo. Un Dios infinito que es trascendente en mi relación con él, que es ya mi relación con otro hombre, mi prójimo. Pero en esta relación con el otro hombre, en esta relación ética, yo estoy precisamente en relación con Dios. ¿No es éste el fondo espiritual de la conjunción del hombre y de Dios?» (LEVINAS, 1983, p. 158).

Profundizando en esa decisiva dirección, habla Lévinas de la “relación con Dios en mi relación con el otro hombre: tesis que no tiene nada de abstracto, porque es la enseñanza principal de la sabiduría bíblica” (LEVINAS, 1983, p. 158).

## 9. VOLAR EN SUEÑOS Y VOLAR POR ENCIMA DE LOS SUEÑOS

En *Icaromenipo* (DE SAMÓSATA, 1981i) nos incita Luciano a adentrarnos en un sugerente cambio de perspectiva, cuya asunción nos llevaría a ver y vernos de otro modo. El personaje principal, Menipo, decepcionado por las respuestas que daban los filósofos a las grandes preguntas acerca del universo, se empeña en buscar el modo de elevarse a los cielos, para contemplar así directamente la realidad natural, en lugar de limitarse a especular sobre ella (DE SAMÓSATA, 1981i, p. 5-6). En efecto, para explicar su arriesgada decisión, Menipo relata sus esfuerzos por llegar a comprender el mundo a través de las especulaciones de los filósofos y las frustraciones que sufrió hasta que llegó a reconocer que, al igual que el aspecto externo de los filósofos de esa época, su pretendido conocimiento era pura apariencia.

«Mas ellos distaron tanto de sacarme de mi antigua ignorancia, que provocaron mi caída en mayores perplejidades, al verter sobre mí, día a día, primeros principios, causas finales, átomos, vacíos, elementos, ideas y otras cosas por el estilo. Pero lo que me resultaba más arduo de todo era el hecho de que ninguno de ellos coincidía con otro cuando explicaba, sino que todas las doctrinas eran contradictorias y opuestas; y, sin embargo, cada uno intentaba convencerme y ganarme para su propia teoría» (DE SAMÓSATA, 1981i, p. 413).

Luciano proyecta su sentir en Menipo para transmitirnos que la diversidad de puntos de vista no es un mal en sí misma, todo lo contrario. Sin embargo, cuando tal diversidad genera contradicciones insalvables, sí que conduce a una inseguridad muy grande en lo que respecta a la aceptación o rechazo de las explicaciones que se derivan de las respectivas teorías.

También denuncia Menipo las contradicciones que hay entre tales teorías. Nos dice así que «a juicio de unos, es increado e indestructible, mientras otros se han atrevido a hablar incluso de su artífice y del proceso de construcción; me sorprendía muchísimo que constituyeran a un dios en artesano de todo lo existente, sin determinar de dónde procedía y dónde se estableció mientras construía cada cosa; de hecho, antes de la creación del mundo es imposible concebir tiempo y espacio» (DE SAMÓSATA, 1981i, p. 414).

Significativo resulta que aún en nuestros días, no ya sólo la filosofía sino también el conocimiento científico, sigan manteniendo y alimentando el carácter enigmático de esas cuestiones. De igual manera que lo hacen en lo relativo a estas otras que menciona Menipo. No deberíamos sentir malestar por ello, pues la inquietud que tales incertidumbres provoca es el mayor estímulo imaginable para seguir esforzándonos en las complejas tareas en las que se concreta la búsqueda de la certeza. No obstante, Menipo se muestra sorprendido al “oír sus disertaciones sobre las ideas y entes incorpóreos, o sus teorías sobre lo finito y lo infinito”, añadiendo que, “en torno a esto último sostienen también una infantil pugna, pues una parte de ellos circumscribe el universo en límites, mientras otros entienden que es ilimitado; y no sólo eso, sino que sosténian que existen muchos otros mundos, y atacan a quienes

se expresan como si hubiera uno solo” (DE SAMÓSATA, 1981i, p. 414).

Ante las consideraciones de Menipo, la respuesta de Zeus se mueve en la misma línea ya referida por Luciano en otros escritos. Critica, pues, el padre de los dioses a los filósofos epicúreos, mostrando su preocupación ante la expansión de sus creencias, que conducirán a los humanos a dejar de lado el culto a los dioses. Ya que, según afirma Zeus en este relato, “¿quién iba ya a consagrарos sacrificios sin esperanzas de ganar algo a cambio?” (DE SAMÓSATA, 1981i, p. 432).

Como hemos visto, alude de forma reiterada Zeus a que los dioses reciben su más apreciado sustento de las ofrendas y sacrificios que les otorgan los seres humanos. Debemos entender tales alusiones como otras tantas metáforas que vienen a expresar que la supervivencia de los dioses depende de la fe que en ellos tengan los seres humanos.

## 10. LA SEDUCTORA MISANTROPIA

Las duras experiencias de la vida, así como sus más terribles y prolongadas consecuencias, nos pueden conducir a veces a la misantropía o, cuando menos, es muy probable que nos inciten a ella. Así lo plantea Luciano en *Timón o el misántropo* (DE SAMÓSATA, 1981j, p. 434 y ss.). En esta obra describe la terrible experiencia vital de Timón, que dilapidó sus muchas riquezas para complacer a sus conciudadanos y cuando se vio privado de ellas, tan sólo obtuvo el desprecio de aquellos a los que su extrema generosidad había beneficiado tanto. Por ello rechaza acoger a Pluto, deidad otorgadora de la riqueza, cuando Zeus se apiada de él y quiere que vuelva a ser un feliz potentado. Responde así al ofrecimiento del padre de los dioses y su emisario Hermes, mostrando por una parte su agradecimiento, aunque negándose a vivir de nuevo inmerso en las falsedades que suscita la opulencia en quienes intentan beneficiarse de la riqueza que atesoran los económicamente pudientes. Por el contrario, dice estar agradecido a la Pobreza, a la que llama su “buena amiga”, porque le ha enseñado a sobrevivir mediante su propio esfuerzo y a despreciar cuanto de falso hay en la vida común que llevan los seres humanos, cuando ésta se alimenta del interés en obtener un beneficio de quienes pueden otorgarlo. Se muestra, pues, resentido hacia Pluto, por haber hecho caer sobre él, al convertirlo en detentador de inmensas riquezas materiales, la maldad y la falsedad humanas (DE SAMÓSATA, 1981j, p. 434 y ss.).

Como decía, Timón se convirtió en un misántropo tras las terribles experiencias que vivió, primero durante el período de su vida en el que era inmensamente rico y derrochaba sus riquezas con una desmesurada generosidad y, después de esa etapa, cuando padeció los mayores desprecios de parte de aquellas personas a las que había ayudado de la manera más generosa. Si tenía alguna duda con respecto al más común comportamiento entre sus conciudadanos, ésta se disipó al hacerse de nuevo rico y comprobar cómo todos ellos se dirigían de nuevo a él, adulándolo todo lo posible para intentar que compartiera otra vez con ellos su riqueza. Su respuesta fue el violento rechazo de quienes se le acercaron con tal pretensión. Permaneció convencido además de la importancia de vivir de la manera más humilde, sin hacer jamás de nuevo ostentación alguna de su riqueza.

## 11. CONCLUSIONES: LA CONSTRUCCIÓN DE LA MEMORIA COLECTIVA

Ante todo, al iniciar este apartado en el que se recogen las conclusiones a las que deberían conducirnos lo analizado hasta aquí, he de expresar mi profunda admiración y mi gran respeto intelectual por Maurice Halwachs, autor de la excelente obra *La mémoire collective*. Hemos de considerarlo como el iniciador de la sociología de la memoria y esta obra puede ser interpretada como su testamento intelectual, ya que no pudo verla publicada pues fue deportado de Francia durante la ocupación hitleriana y murió en el campo de exterminio nazi de Buchenwald en 1945. Bien sabemos que ese siniestro lugar fue, en efecto, más un campo de exterminio que de concentración. Por suerte para nosotros, su libro no quedó enterrado en el olvido y fue publicado por primera vez en 1950 por la prestigiosa editorial académica PUF (Presses Universitaires de France).

En su opinión, «hacemos apelación a los testimonios, para fortificar o fortalecer, pero también para completar lo que sabemos de un acontecimiento, del que ya estamos informados de alguna manera, a pesar de que muchas de las circunstancias siguen permaneciendo oscuras para nosotros. Porque el primer testimonio al que siempre podemos apelar, es el nuestro. Desde que una persona dice: ‘No creo en mis ojos’, esa persona siente que en ella hay dos seres: uno, el ser sensible, es como un testigo que viene a dar testimonio de lo que ha visto, ante el yo que no ha visto actualmente, pero que tal vez haya visto otras veces, y quizás se ha formado una opinión apoyándose sobre los testimonios de otros» (HALWACHS, 1997, p. 51).

Para facilitar la comprensión de su planteamiento, cuyo trasfondo es la dimensión colectiva de la memoria, pone como ejemplo lo que sucede cuando, después de un tiempo considerable, regresamos a una ciudad que ya habíamos visitado. Nos dice que entonces lo que vamos percibiendo nos ayuda a completar las imágenes que reteníamos en nuestra memoria, reconstruyendo de esa forma la visión que en algún momento llegamos a poseer. Pero afirma también que, en ese proceso de reconstrucción, nuestros “recuerdos se adaptan al conjunto de nuestras percepciones actuales. Todo sucede como si confrontásemos varios testimonios. Es porque estos encajan en lo esencial, a pesar de ciertas divergencias, por lo que podemos reconstruir un conjunto de recuerdos de tal modo que lo reconocemos” (HALWACHS, 1997, p. 51) y los dotemos de sentido.

Sin embargo, a pesar de ello, “nuestros recuerdos permanecen siendo colectivos, y nos son recordados por los otros, incluso cuando se trata de acontecimientos en los cuales sólo nosotros hemos estado implicados, y de objetos que sólo nosotros hemos visto”. Todo esto le lleva a concluir que, “en realidad nunca estamos solos”. De tal modo que, aunque lo estemos físicamente en un momento determinado, “siempre llevamos con nosotros y en nosotros una cantidad de personas que no se confunden” (HALWACHS, 1997, p. 52). Es decir, que no dejan de mantener en sí y con respecto a nosotros, su diferenciado ser.

Para ahondar en sus explicaciones, evoca el recuerdo de su primera visita a Londres. De tal manera que deja patente la diversidad de fuentes colectivas de la memoria, al evocar el influjo que en el reconocimiento de algunas partes de la ciudad tuvo para él recordar muchos pasajes de las obras de Dickens que con tanto interés había leído. Por ello sostiene que al vivir esas experiencias no estaba solo ya que, según él mismo afirma,

«al pensar en ello me reubicaba en tal o tal grupo, el que componía con el geómetra que había diseñado este plano, o con un novelista. Otros hombres tienen recuerdos en común conmigo. Más aún, me ayudan a recordarlos; para acordarme mejor, me vuelvo hacia ellos, adopto momentáneamente su punto de vista, entro en su grupo, del que continúo formando parte, porque siento todavía el impulso y reencuentro en mí muchas ideas y formas de pensamiento que no podría haber alcanzado yo solo y a través de las cuales permanezco en contacto con ellos» (HALWACHS, 1997, p. 53).

En todo caso, la complejidad que encierra la construcción individual y colectiva de nuestros recuerdos se pone en evidencia cuando analizamos el impacto que sobre ellos tienen los recuerdos de otras personas. De esta forma, el entorno social en que vivimos tiene un gran impacto sobre aquello que memorizamos (HALWACHS, 1997, p. 54-5). Todo ello provoca tanta conciliación como disonancias. Por ejemplo, «en el orden de las relaciones afectivas, donde la imaginación juega tal papel, un ser humano que es muy querido y que ama de forma moderada, no advierte a menudo sino bastante tarde o no se da nunca mucha cuenta de la importancia que se concede a los menores detalles, a sus palabras más insignificantes. De tal forma que la persona más querida recordará más tarde al otro, declaraciones, promesas, de las que éste no ha conservado ningún recuerdo» (HALWACHS, 1997, p. 54-5).

En definitiva, para explicar las relaciones que existen entre los contenidos mentales, «es necesario situarse en el punto de vista de un pensamiento colectivo que sólo es capaz, en todo momento, de formular tal relación de causalidad (en términos generales validables) como aplicándose a cosas que

son del dominio de su experiencia. Este punto de vista es el de la naturaleza (en el sentido que hemos precisado), es decir, de los objetos que son conocidos por el grupo. Toda evocación de una serie de recuerdos que conducen al mundo exterior se explica por tanto por las leyes de la percepción colectiva» (HALWACHS, 1997, p. 87).

En consecuencia, pienso que deberíamos otorgar a las enseñanzas de Luciano de Samósata la importancia que merecen y contribuir a través de todos los recursos disponibles a que formen parte de nuestra más viva memoria colectiva.

## 12. BIBLIOGRAFÍA

- DE SAMÓSATA, Luciano. *Los longevos*, O. C. Vol. I. Madrid: Gredos, 1981a.  
DE SAMÓSATA, Luciano. *Fálaris*, O. C. Vol. I. Madrid: Gredos, 1981b.  
DE SAMÓSATA, Luciano. *Relatos verídicos*, O. C. Vol. I. Madrid: Gredos, 1981c.  
DE SAMÓSATA, Luciano. *El banquete o Los lapitas*, O. C. Vol. I. Madrid: Gredos, 1981d.  
DE SAMÓSATA, Luciano. *La travesía o El tirano*, O. C. Vol. I. Madrid: Gredos, 1981e.  
DE SAMÓSATA, Luciano. *Zeus confundido*, O. C. Vol. I. Madrid: Gredos, 1981f  
DE SAMÓSATA, Luciano. *Zeus trágico*, O. C. Vol. I. Madrid: Gredos, 1981g.  
DE SAMÓSATA, Luciano. *Prometeo*, O. C. Vol. I. Madrid: Gredos, 1981h.  
DE SAMÓSATA, Luciano. *Icaromenipo o por encima de las nubes*, O. C. Vol. I. Madrid: Gredos, 1981i.  
GOETHE, Johann W. *Los sufrimientos del joven Werther*. Barcelona: Planeta, 1999.  
HALBACHS, Maurice. *La mémoire collective*. Paris: Albin Michel, 1997.  
LE GROFF, Jacques. *Histoire et mémoire*. Paris: Gallimard, 1988.  
LÉVINAS, Emmanuel. “Religión e idea del infinito”, en VVAA, *Doce lecciones de filosofía*. Barcelona: Granica, 1983.  
SAVATER, F. *Apología del sofista*. Madrid: Taurus, 1973.  
SIMONET- TENANT, Françoise (Dir.). *Le propre de l'écriture de soi*. Paris: Téraèdre, 2007.  
YATES, Frances A. *L'art de la mémoire*. Paris: Gallimard, 1975.